

EL LEGADO

ANTOLOGÍA DE LEYENDAS





EL LEGADO

ANTOLOGÍA DE LEYENDAS

Ilustrado por **Karina Maldonado “La chica vato”**

Malin MacDonald, Yann Pieget, Sebastián Hernández, Erney
Vega, Sanya Zambrana, Carlos García, Francesca Gruodis, Maiya
Maldonado, Jairo Bermudez, Ariel Dagan

EL LEGADO ANTOLOGÍA DE LEYENDAS

Editores:

Victoria Marín Fallas
Ariel Cambroner Zumbado
Félix Alejandro Cristiá
Carlos Alberto García Piñero



Revista Virtual Quimera

© Malin MacDonald, Yann Pieget, Sebastián Hernández, Erney Vega, Sanya Zambrana, Carlos García, Francesca Gruodis, Maiya Maldonado, Jairo Bermudez, Ariel Dagan.

© Sobre la presente edición: Revista Virtual Quimera

ISBN: 9798867723033

Colaboran

Asociación Costarricense de Escritoras

Publicaciones EnredArs - Universidad Pablo de Olavide

Editores

Victoria Marín Fallas

Ariel Cambronero Zumbado

Félix Alejandro Cristiá

Carlos Alberto García Piñero

Maquetación y realización de cubierta

Vincent Rodríguez Trejos

Ilustraciones e imagen de portada

Karina Maldonado “La chica vato”



La antología El Legado surge como una iniciativa de Revista Virtual Quimera gracias al trabajo colaborativo entre la filóloga y escritora Victoria Marín Fallas (UCR) y el profesor Carlos García, quienes se dieron a la tarea de poner el proyecto en marcha, de recopilar y seleccionar los cuentos.

Un sincero agradecimiento a las personas estudiantes de la institución Del Mar Academy y a las personas editoras por su valiosa contribución a este libro. Gracias por ser parte de este proyecto y compartir sus talentos.

Cuentos y leyendas, entre la fantasía y la realidad

¿Cuál es la cualidad que mejor define la esencia del ser humano, más allá de ser pensante? ¿Se trata de un homo faber, es decir, su naturaleza viene caracterizada por su habilidad para fabricar utensilios y herramientas que le hicieron desarrollar formas de vida más avanzadas? ¿O acaso un homo religiosus, caracterizado por el impulso de buscar todo lo que se encuentra más allá de su visión y así construir un mundo que reflejara lo divino? ¿Quizás un zoon politikón, en cuanto el ser humano ha logrado crear sociedades y transformar la naturaleza gracias a su capacidad de organización, colaboración y comunicación?

Preguntas como estas han incentivado y nutrido el estudio de nuestra propia especie, sin embargo, aquí sostendremos que somos homo symbolicus. Nuestra especie ha garantizado su supervivencia por medio de la colaboración entre los miembros que componen cada grupo, tribu o ciudad, por supuesto, también por el dominio del fuego, y con este la creación de herramientas que extendieron las partes de nuestro cuerpo. No obstante, todos estos aspectos y cada una de las fases en las que surgieron fueron abstraídos, representados

y comunicados por medio de símbolos. Hablamos con símbolos, formamos narraciones con ellos. Creamos con símbolos.

Antes de que la humanidad dejara de deambular por lo distintos territorios, cuando todavía se movía constantemente buscando de un sitio a otro los medios que le permitieran sobrevivir un invierno más, ya se contaban historias. Reunidos, todos los miembros de la tribu alrededor de la fogata, narraban su origen y el de sus antepasados. Desde las pinturas plasmadas en las cavernas, pasando por los grandes monumentos pétreos del Neolítico, se puede rastrear esta necesidad de contar historias, ya sea para atraer mágicamente a la presa a la que se deseaba dar caza, o para apaciguar los espíritus de los difuntos y de los guardianes de la naturaleza, el acto de narrar se convirtió en parte inalienable de la vida humana. Estas antiguas historias se expandieron por el mundo, sin autor que las reclamara. Se instalaron en los poblados que iban apareciendo como si siempre hubieran estado ahí. En las ciudades estos relatos comenzaban a ser resguardados, y comenzaron a explicar el mundo. Relatos a los que ahora llamamos mitos.

El mito es una narración legendaria, sin un autor en particular pues está contando un hecho remoto y primitivo. Por ejemplo, la historia del planeta, de cómo surgió, por el fuego, por el hielo, desde la oscuridad; desde el suspiro de un dios artesano o desde el agua. También puede contar el origen de los dioses que al principio eran parte del mundo mismo y la naturaleza. Narraban el nacimiento de las plantas, de los animales, de los monstruos y del ser humano. Así bien, el mito no contaba una realidad, tampoco una mentira, como se suele creer hoy en día, se trataba en cambio de dar sentido, y para ello se empleaban símbolos que ya eran parte de la cotidianidad. En efecto, con el mito los humanos dieron

sentido a su vida.

Luego aparecieron los imperios, y con ellos se acrecentó la diferenciación entre clases sociales. Los sacerdotes, quienes hablaban con los dioses y resguardaban la sabiduría fuera del ojo del humano común, se alzaron a un puesto casi a la altura del emperador, y se convirtieron en los arcontes de la narración. Ahora ellos se encargaban de contarla al pueblo. Decidían lo que era cierto y lo que no; lo que convenía a la nación y lo que no. Pero el tiempo siguió pasando hasta que llegó el momento en que las personas comunes descubrieron que tenían voz propia. Se comenzaron a contar historias entre ellos, primero en voz baja, en las casas, en las granjas, en las plazas; después en las fiestas, en los bares.

Los humanos comenzaron a utilizar los mitos con múltiples propósitos, emancipados por fin de las clases dominantes y de la religión. Cambiaron los protagonistas, las enseñanzas y los símbolos. Los domesticaron. Las leyendas se expandieron rápidamente. Estas no son una forma degradada del mito, sino la narración propia y local de un pueblo o una comunidad. No posee un carácter universal, sino que se modifica con el tiempo. Nos hemos alejado de las épicas epopeyas de la antigüedad y de los dramas complejos de los teatros para dar paso a historias de la gente común, narradas desde los callejones y los rincones más olvidados de los barrios y ciudades. El sacerdote o el poeta ya no cuenta lo que se ha de recordar, ahora es el ciudadano común quien narra lo que vio, o lo que alguien le contó, o lo que alguien le juró que presenció.

Los mitos dan cuenta de una totalidad simbólica, pero las leyendas se apropian de los símbolos y los actualizan. No tratan de un mundo de dragones y quimeras, sino de personas comunes, mujeres valientes, hombres locos, ebrios aventureros, cobardes que se vuelven héroes y orgullosos a los

que se les da una lección. Cuando el llamado Viejo Continente se reencontró con el Nuevo, las antiguas formas de contar historias se unieron con las de culturas que tenían su propia historia, con mismos intereses pero con distintos significados. De esta manera, lo que se ha llamado Hispanoamérica terminó albergando la síntesis narrativa de prácticamente todos los mundos. Las leyendas se expanden por todos los territorios, y cada localidad pone en ella su propia firma, su lenguaje y costumbre. Las tinieblas y los vientos del Cielo desaparecen y en la tierra huele a mantequilla quemada. Hay para quienes el Cancerbero se ha transformado en Cadejos, la Medusa en Llorona y el Titán en un diablo Chingo.

Durante siglos hemos escuchado las voces del mito y la leyenda desde la perspectiva adulta. El rey, el sacerdote, el poeta, el escritor. ¿Pero se han detenido a escuchar a los niños y niñas, cuyas historias suelen estar inmersas en un mundo donde la distinción entre la realidad y lo fantástico no está bien definida, recordándonos a los tiempos más remotos? ¿Cómo contarían las leyendas las y los niños, desde su perspectiva no contaminada por la convicción acerca de lo cierto y lo ficticio? En estas páginas, los símbolos que dan lugar a la narración son sacudidos de sus vicios actuales y regresan a una forma previa, como cuando se contaban las historias alrededor de la fogata.

Felix A. Cristiá

A modo de proemio:

El legado

— Papá, cuéntamela otra vez. La quiero poder contar yo también.

Julieta amaba contar historias e impresionar a sus amiguitos. Hija de profesores, acostumbraba a escuchar a sus padres hablando de literatura y luego repetía lo que oía como si fuera suyo.

—No son historias para niños de tu edad —dijo su padre con una sonrisa— es para mis alumnos de secundaria. Dentro de unos años ya te tocará a ti.

—Tengo nueve años, ya soy mayor. Además, soy la más alta de mi clase.

—Luego vas a tener sueños y tu mamá se enfada conmigo —dijo Alberto retirando el pelo de la cara de su hija.

—Yo nunca tengo miedo.

—A veces es bueno tener miedo, es natural.

—Naturalmente no tengo miedo —respondió Julieta rápidamente mientras cruzaba los brazos, fruncía el ceño y caminaba en cámara lenta hacia atrás.

—Deja tus mañas y ve a ayudar a tu mamá.

Era Día de Muertos y aunque ahora vivían en Costa Rica Mamá Kira tenía muy presente sus tradiciones. Alberto era muy escéptico y español, pero pese a sus quejidos no había conseguido convencer a su mujer de pasar alto alguna celebración. Muy al contrario, cada año el altar se llenaba con familiares de ambos y de alguno que otro invitado especial.

—Aquí no hay de nada, otro año sin cempasúchil —se quejó la mamá.

—¿Pero si hay pan de muerto verdad? —dijo Julieta asomando el morro en la mesa del altar.

—¡Quita de ahí! Hoy nos visitan las almas grandes y todo tiene que estar preparado.

—¿Y ese vasito? —preguntó Julieta.

—¡Whiskey para el abuelo! —gritó Alberto desde el otro lado de la habitación.

El abuelo Pepe seguía muy presente y quizá incluirlo en el altar de Día de Muertos hacía que el poco creyente Alberto tolerara más aquella celebración, además de la abundante comida claro.

—Nunca lo conociste Julieta, pero te habrían encantado sus historias —dijo Alberto mientras se acercaba al altar — siempre terminaba sus discursos con un “me voy pero no me voy, me voy de palabra, pero no de pensamiento”.

Julieta se entristecía cuando escuchaba de su abuelo. Tenía dos años cuando murió. Por aquella época había comenzado la pandemia del COVID, y no los habían dejado viajar desde México para presentar a su nieta, así que no guardaba ninguna foto con él, aunque sí muchas anécdotas que le contaba su padre y que ella repetía una y otra vez a sus amigos.

—¿Y este es nuevo? —dijo Julieta un marco con una foto en blanco y negro.

—Voy a por el papel picado —interrumpió Kira mientras se perdía en el patio.

—Es nuestro invitado especial —dijo Alberto— leí sobre él en mis clases y su trabajo me pareció maravilloso. Un auténtico contador de historias Don Elías Zeledón.

La puerta sonó. Era raro recibir visitas en la tarde por lo que Alberto mandó a Julieta al patio con su madre mientras se acercaba para entreabrir la puerta.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo sin terminar de abrir la puerta totalmente, aunque lo suficiente para ver a un hombre mayor que le sonreía desde el otro lado.

—Sí, sí que puedes ayudar —dijo el anciano.

A pesar de no haber anochecido del todo costaba definir

la figura del señor. Por alguna razón Alberto no conseguía definir bien su figura.

—Dígame usted pueh —dijo Alberto con un deje chiapaneco contagiado por vía matrimonial.

—He venido a tomar algo y charlar —alcanzó a decir el anciano mientras se abría la puerta y pasaba— usted me ha invitado.

Alberto estaba sorprendido. No recordaba del todo haberlo invitado a pasar, pero allí estaba sentado a la mesa con una gran sonrisa.

—¿Conoce la leyenda del Diablo del Puente de Piedra? —dijo el invitado mientras colocaba una silla en frente de su interlocutor.

—Qué curioso que lo diga, ¿ha visto mis libros tirados por aquí? Justo en estos días trabajaba las leyendas con mis alumnos.

—Una bonita encomienda, las leyendas están vivas mientras no se olviden.

—Mis alumnos a veces no conocen su lugar, me gustan las leyendas porque nos dan identidad. México y Costa Rica no están tan lejos si de relatos se trata —dijo Alberto repitiendo lo dicho en clase el mismo día.

—Algo así me dijo el Diablo del Puente de Piedra —dijo el invitado mientras se echaba hacia delante dejando su cara muy cerca de la de Alberto. —Para construir un puente entre

las personas y nosotros se necesita que nos cuenten.

—Un momento... —se sorprendió Alberto—, ¿que el diablo le dijo?

—Eso he dicho, aquí tengo la piedra que falta del puente. Él construyó el puente tal como le pedí, pero yo me quedé la última piedra —se rio el viejo mostrando una boca sin todos los dientes.

—O sea, que usted engañó al diablo y tiene la última roca de la leyenda del Puente de Piedra, a mi hija le encantarían sus historias —dijo Alberto en tono de burla.

—De eso estoy seguro —dijo el anciano recuperando un tono más serio.

La noche había llegado y la habitación se iluminaba solo de las velas del altar. Alberto habría jurado que en ese momento el viejo ya no parecía tan mayor.

—No salgo muy favorecido en esta foto —dijo el visitante mientras agarraba un pedazo de pan de muerto y se lo llevaba a la boca.

—Pero... —la cara de Alberto se había puesto pálida— esa es la foto de Don Elías Zeledón, un famoso compilador de leyendas costarricenses.

—Para servirle —dijo el anciano saludando alegre con el pan de muerto en la mano.

—Somos una familia tranquila, por favor le pido que se marche —decía Alberto mientras se levantaba nervioso para tratar de echar a su huésped.

—Me fui de palabra, pero no de pensamiento. Su padre me dijo que entendería —dijo Elías con calma sin hacer ademán de levantarse.

Alberto se sentó de golpe en la silla. Sus ojos brillaban y no pudo retener las lágrimas en sus ojos.

—Tome, coma un poco —dijo con intención de calmarlo mientras le pasaba un trozo de pan de muerto.

Sin dejar de mirar a su invitado y con los ojos en llanto Alberto se metió el pan a la boca y masticó lentamente sin llegar a cerrar la boca. Tras unos minutos por fin pudo articular palabra.

—No sabe a nada este pan.

—Ah siempre me olvido, por lo visto las almas nos quedamos con el sabor. Tome mejor este whiskey, no lo he tocado y seguro que tu padre lo entenderá.

—Pero ¿cómo es posible? —las palabras de Alberto parecían casi un susurro.

—Usted me invitó y no es ninguna casualidad. El mundo necesita narradores. En esta época de televisión e internet cada vez quedan menos leyendas y las necesitamos más que nunca.

—¿Las necesitamos?

—Usted mismo lo dijo. Las leyendas nos dan identidad y eso es lo único que puede salvar nuestra tierra. Las personas

ya no creen en nada, ni siquiera en su naturaleza, por eso no les cuesta nada destruirla.

—¿Las leyendas van a salvar el mundo? —dijo Alberto recobrando un poco la compostura— Esa idea es casi más descabellada que tenerlo ahora mismo a usted enfrente.

—A usted también le cuesta creer. A ver, no son superhéroes de Marvel. No me mire con esa cara que tampoco me morí hace doscientos años, pero su idea de salvar no es de la que yo hablo.

—¿La Cegua nos va a ayudar? ¿O La Llorona? —seguía Alberto.

—Sí, La Llorona cuida que nadie repita su historia y más de una vez sus lamentos han alejado a otros niños del peligro. Las historias pueden cambiar, por eso estoy aquí. Además, si ella estuviera aquí le titaría bien de las orejas, la conozco bien.

—¿La conoce? Es decir que habla con ella —dijo Alberto interesado acercándose ahora a la cara del viejo.

—Desde muy pequeño contaba historias, nunca tuve miedo y desde aquel día en el Puente de Piedra pude ver y conocer las leyendas de nuestra tierra. Yo le pedí al Diablo construir un puente hacia las leyendas, de ahí nacieron mis libros ¿Acaso no llegaron así a tus alumnos?

—Entonces ¿para eso está aquí? ¿para que siga contando sus relatos?

—No exactamente —dijo Elías con una sonrisa enigmática.

—¿No estaré muerto? Ay Dios, ya me morí. Seguro que me caí como un estúpido. Siempre supe que moriría de manera absurda, lo sabía —repetía Alberto aplastando su pelo con las manos una y otra vez.

—No todo trata sobre ti, no seas llorón, ya tenemos esa leyenda entre nosotros.

—Si no se trata de mí ¿por qué estamos hablando?

—Desde muy pequeño contaba historias, nunca tuve miedo —volvió a repetir el viejo haciéndose cada vez más transparente hasta poco a poco hacerse imperceptible.

Alberto se había quedado allí mirando hacia una silla vacía. La habitación estaba más iluminada, pero todavía se sentía un profundo olor a flores. Un golpe en el cuello lo sacó de su ensoñación.

—¡Te has comido el pan de muerto animal! Te dije que aguantaras —dijo Mamá Kira.

—No te vas a creer lo que acabo de vivir, o de soñar no estoy seguro.

—¡Y el whiskey de tu padre! —Kira volvió a dar una sonora palmeada en la nuca de su marido— ¡Eres un borrachín!

—No lo entiendo, no entiendo sus últimas palabras — se decía a sí mismo Alberto.

De repente, la voz de Julieta risueña entró desde el patio. Su cara rebosaba felicidad.

—Un duende me ha dado esta piedra. Es mágica ¡Mis amigos no se van a creer cuando les cuente la historia!

Carlos García



Mi nombre es **Carlos Alberto García Piñero**, soy Licenciado en Educación Social por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (España) y Licenciado en Antropología Social y Cultural por la Universidad San Antonio de Murcia (España) con título de especialidad en interculturalidad y cambio social con algunas investigaciones de campo en temáticas de inmigración o exilio.

Cuento con más de 10 años de experiencia en educación especializada en trastornos de conducta en la infancia, trabajando en distintos centros de atención psicosocial en España. En el marco de la enseñanza internacional he sido profesor en la International School St Constantine's en Arusha (Tanzania), en el Liceo Científico Miguel Canela Lázaro en Salcedo (República Dominicana) y en el American School Foundation of Chiapas (México) impartiendo diversas materias relacionadas con la Literatura y las Ciencias Sociales. Actualmente soy profesor de Lengua y Literatura de la escuela Del Mar Academy en Costa Rica.

En el ámbito de la creación literaria soy autor de varios relatos uno de ellos merecedor del 1º Premio de Cuento Corto de Horror en el Festival Internacional de Cine de Horror Aurora 2016 y publicado en un libro ese mismo año llamado Relatos de Stregoiavar.

Ariel Dagan

Tendencia

La impaciencia y el nerviosismo se sentían en el aire. Esta reunión era crucial para todos los mitos y leyendas de Latinoamérica. Cientos de monstruos y criaturas mágicas esperaban que diera inicio. Como siempre, se reunieron en una locación alejada de los humanos, en un claro en medio de la selva. Había neblina por todas partes y luciérnagas que se movían lentamente como pequeñas estrellas en el cielo de la noche, en torno a una mesa gigante de roble hermoso donde el Consejo decidía el futuro y los planes, donde cada año se tomaban decisiones acerca de todos los problemas en relación con los humanos. El problema de ese año representaba todo un reto, por eso había que resolverlo de una vez por todas.

Justo a las doce de la noche los mitos principales, elegidos democráticamente cada año, se sentaron en sus tronos, también de roble, actuando como los Supremos de la sesión. Finalmente, La Llorona llamó al orden con un golpe del mazo sobre la mesa.

—¿Por qué eres tan dramática? —preguntó la Cegua con

su típica actitud ofensiva.

—No soy dramática —dijo La Llorona entre sollozos.

—¿Podemos comenzar la reunión? —pidieron tres duendes al unísono, justo antes de que comenzaran a discutir. En ese instante la Llorona sujetó su cabeza entre las manos en señal de enojo y tragó hondo.

—Hay un problema que nos preocupa a todos —los parloteos de fondo no impidieron que la Cegua continuara — estamos desapareciendo, y los humanos se están olvidando de nosotros.

La mujer de larga crin mostró una pequeña caja de un bonito color rosa oro que guardaba entre sus manos. Tres círculos pequeños brillaban sobre la superficie plana del objeto. Inmediatamente, todos lo observaron como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Se están olvidando de nosotros gracias a esto —dijo disgustada, y dejó caer al piso esa rareza destrozándola por completo.

—Hemos estado aquí por millones de años y no vamos a desaparecer ahora —rugieron las voces de la audiencia, mientras la Llorona agitaba su puño fantasmal en el aire al igual que los demás, cinco segundos después de turbar el aire con sus voces y mover sus manos como maníacos, volvieron a sentarse.

—Puedo sugerir que prendamos fuego a Latinoamérica —sugirió El Cadejo en un tono formal y serio.

—Quizás sería mejor asesinar a todos —dijo La Llorona en tono infantil.

— ¡Yo creí que haríamos una guerra! —exclamó la Cegua.

—¡Nunca estuvimos de acuerdo con eso, probablemente te lo dijiste a ti misma! —dijo La Llorona frunciendo el ceño.

—¡No y no y diez veces no!

Las dos continuaron discutiendo por unos minutos hasta que recordaron que estaban enfrente de una multitud que se burlaba de ellas. Cada año había algún encontronazo entre las dos, que constituía las delicias del público presente .Al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, ambas se tranquilizaron en sus tronos de roble.

—Entonces... —la Llorona estaba avergonzada, pero inmediatamente cambio su expresión de pena por una más rígida— ¿Alguien tiene otras ideas?

La niebla se hizo más espesa.

—Uf, ¿esto es necesario? —se quejó la Cegua.

—Creo que es entretenido —dijo La Llorona aplaudiendo y chillando de emoción.

— ¡Oh dioses! —exclamó disgustada una de los duendes.

— ¿Qué se te ofrece? —contestó el asistente del dios Sol.

—¿Podría concertar una cita con los altos mandos?

—Al igual que el año pasado, todavía es un ‘no’, Janet, deja de intentarlo.

Finalmente, la suave pero espesa niebla comenzó a desaparecer y una figura se reveló envuelta en un manto negro y una sudadera con capucha que solo dejaba ver su nariz.

—Hola a todos, tengo una sugerencia —dijo ella mostrando una pequeña sonrisa.

Todos guardaron silencio. Luego la extraña figura caminó con gracia hacia La Llorona y se quitó la capucha. Sus ojos eran azul eléctrico, su largo cabello negro estaba atado en una trenza larga que tenía plumas entretejidas. La Llorona se sorprendió y tardó un par de segundos en reaccionar. Aquel personaje avanzaba hacia la mesa como si fuera uno más del Consejo.

—¿Qué haces? —preguntó indignada la Llorona.

—Estoy haciendo una entrada dramática, tú sabes un poquito sobre eso, Cegua —dijo riéndose entre dientes, y luego alcanzó a chocar los cinco con otro asistente a la reunión.

—Ella me gusta. Dejemos que hable —susurró la Cegua a la Llorona, pero lo único que consiguió, en vez de aprobación, fue una mueca.

—¿Por qué estás aquí, señorita misteriosa? —preguntaron los duendes como si fueran uno solo y con los ojos estrellados.

—Como dijo La Llorona, tenemos un problema, ustedes se están desvaneciendo y no podemos dejar que eso suceda.

—Ella se está robando el show —murmuró enojada La Llorona al oído de la Cegua.

—Shhh, trato de escuchar.

La Llorona se movió nerviosa en su asiento. Se podía ver un halo verde de rabia brotando dentro y fuera de ella. La desventaja de ser una leyenda es que los sentimientos buenos o malos se materializan con facilidad.

—¡No creo que debamos ir a la guerra! Hay una manera más fácil de arreglar las cosas —dijo la misteriosa figura. —Os mostraré un camino muy simple. No tenemos que pelear ni quemar nada. Puedo ayudarlos a convertirnos en influencers —dijo extasiada.

Todos se miraban entre sí tratando de entender lo que decía la chica, algunos asentían aunque en realidad no sabían a lo que se refería.

—¿Qué es eso? —preguntó el Toro Chingo entre la multitud.

—Un influencer es alguien famoso en las redes sociales, que cambia la opinión o comportamiento de las personas —explicó.

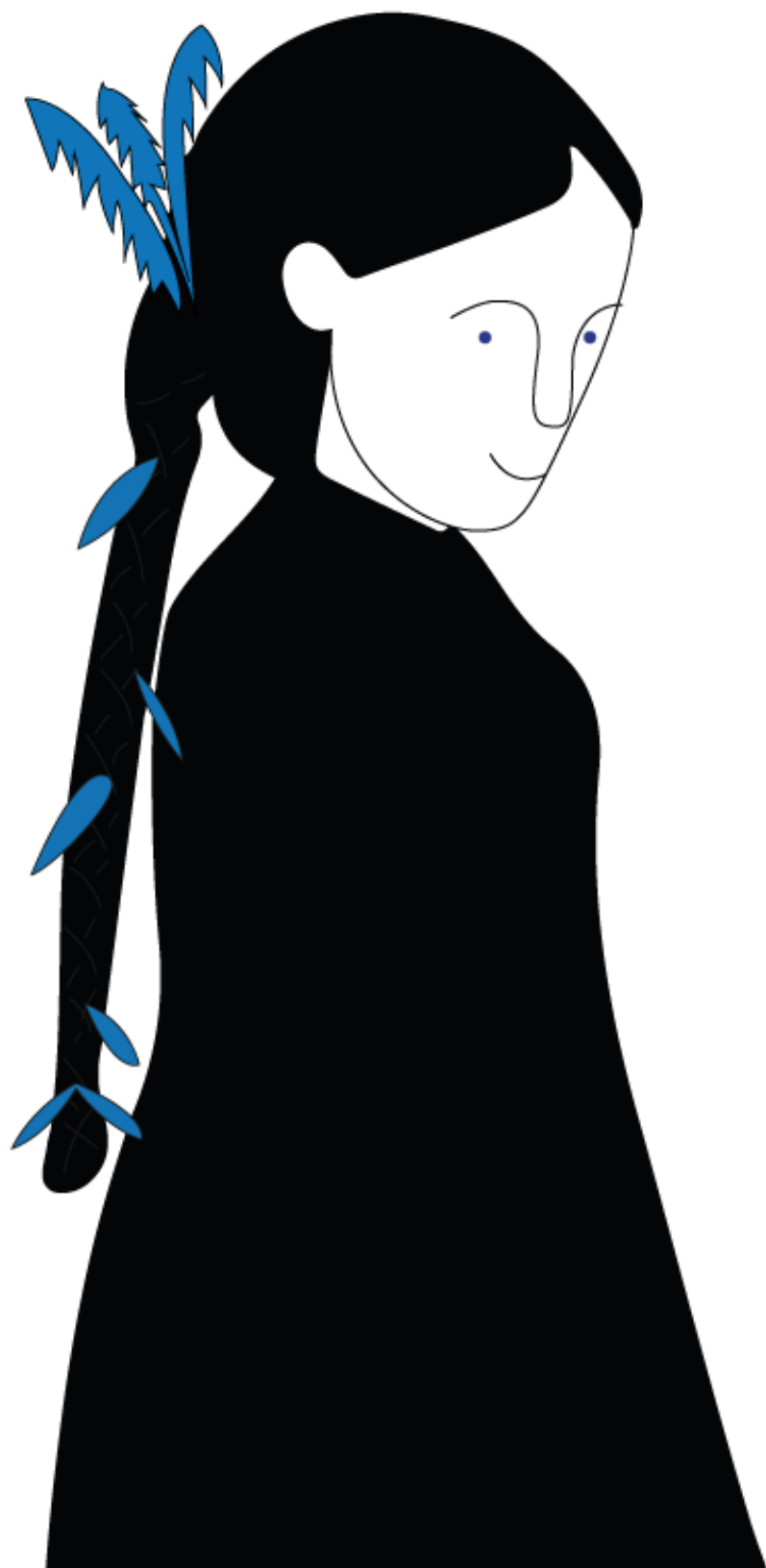
—¿Qué son las redes sociales? —dijo el Diablo del puente de Piedra rascándose el cuerno derecho.

La niña se cubrió la cara con fastidio. Luego recogió los restos de la delgada caja que la Llorona había tirado y resquebrajado, presionó un botón y de inmediato una gran proyección de luz salió de la cámara. Todos saltaron del sitio. De nuevo, la recién llegada volvió a presionar uno de los pequeños íconos en la proyección. Era de un degradado de azul, rosa, morado, naranja y amarillo con el contorno blanco de una cámara que tenía un bonito texto. Decía “Instagram”. A continuación, movió sus dedos rápida y mágicamente hasta que un montón de fotos de ella misma aparecieran. Se podía leer en la parte superior 10k seguidores.

—Esto es Instagram, miren aquí —señaló la pequeña caja en donde decía 10k—, esa es la cantidad de seguidores que tengo.

La joven continuó explicando las sutilezas de la aplicación hasta que todos entendieron. Después de eso, el Consejo propuso utilizar ese recurso, y todos levantaron la mano a favor de esta idea. Usar esta nueva arma era más fácil y rápido que la guerra o la lucha, o eso creían. Gracias a la magia de alguno de los presentes todos obtuvieron un pequeño dispositivo y crearon cuentas en las redes sociales.

Pasaron el resto del mes tomando fotos y obteniendo seguidores, incluso La Llorona había conseguido colarse en redes sociales como un virus y esparcir su siniestra risa. Las leyendas volvían estar en boca de todos y no hacían más que conseguir “likes”. Eran tendencia.



Mi nombre es **Sunshine Dagan**. Me encanta leer, escribir y escuchar música, pero lo que realmente me molesta es la injusticia. Me avergüenza cuando alguien se comporta como si fuera superior a los demás. Uno de mis mayores logros hasta ahora es estar donde estoy: en mi escuela, rodeada de amigos y familiares que amo. Vivo en Nosara, Costa Rica con mis padres y mi hermana menor y actualmente estoy en séptimo grado en Del Mar Academy. Tengo 12 años, pero cuando sea mayor, quiero viajar por todo el mundo con mis amigas de Israel y convertirme en escritora o periodista. Mi papá es de Israel y mi familia por su parte es toda de ese país. Por otro lado, mi mamá es de Bélgica y la mayor parte de su familia, los “De Dekkers”, se encuentran allí. Aunque nací en San José, Costa Rica, hasta los 8 años íbamos y veníamos entre el norte de California y aquí.

Malin MacDonald

Mantequilla quemada

Desperté. Las risas y los gritos de mis hijos eran insoportables. “Dios mío”, pensé. Respiré hondo y comencé a bajar las escaleras. La cocina estaba destrozada. Ollas y sartenes yacían en el suelo. Había vasos rotos en la sala de estar. Traté de calmarme, pero cuando di un paso hacia mis hijos, un trozo de vidrio afilado lastimó mi pie. Gotas de sangre cayeron sobre la alfombra blanca. No pude soportarlo. Les grité. Exigí que limpiaran todo en ese preciso momento. Ambos estaban congelados de miedo. Luego me di la vuelta y subí las escaleras cojeando. Debía encontrar un botiquín de primeros auxilios y prepararme para el trabajo.

Una hora después subí a mi coche. Me esperaba un largo viaje. Luego de unos veinte segundos de conducción, escuché un fuerte estallido y mi auto patinó en la acera, casi golpeando a un niño y su perro. Salí del vehículo. Algo se había clavado en la llanta. El sol ardiente brillaba sobre mí como si fuera su único objetivo. Gotas de sudor bajaban por mi espalda mientras trataba de sacar un clavo de la llanta. Ese día no podría haber sido peor, incluso si lo hubiera intentado. Pero, para mí buena suerte, recordé que había a quien recurrir.

Tomé mi teléfono y llamé a uno de mis conductores más confiables, Pelota, y en menos de 45 minutos estaba sentada en mi escritorio escribiendo como si nada hubiera pasado. “Quizás este día no será tan malo después de todo”, pensé.

No podría haber estado más equivocada. Dos horas después, mi asistente me entregó el jugo que me gustaba tomar todos los días y, como de costumbre, me dejó sola. Después de algunos sorbos, mi cara comenzó a hincharse y mi lengua comenzó a picar. Traté de gritar, pero mi garganta ahogó el sonido. Con la última pizca de fuerza que tenía en mí, levanté mi taza de café y la tiré contra la pared, esperando que alguien viniera. Afortunadamente, alguien lo hizo. Después de evaluar la situación y comprobar si era alérgica a algo (soy mortalmente alérgica al apio), la señora que me socorrió me inyectó una EpiPen. Sentí un dolor agudo. Mi garganta empezó a aflojarse y la hinchazón de la cara empezó a bajar. “¿Por qué me está pasando todo esto?!”.

Una vez recuperada, llamé a Pelota para que me llevara a casa. Cuando pasamos junto a mi coche averiado, que todavía se encontraba a un lado de la carretera, comencé a pensar “¿Qué hice para merecer todo esto?” Quiero decir, claro, definitivamente podría esforzarme más y ser amable con la gente, comenzar a agradecer y no pensar siempre en mí. Oh, Dios mío, soy una persona horrible.

Cuando abrí la puerta de mi hogar, lo primero que noté fue el leve olor a mantequilla en el aire. Y yo no como mantequilla. Es cierto que la casa estaba impecable; pero, tras dirigirme a la cocina, encontré una sartén sobre la estufa con restos de panqueques quemados. ¡Qué asco, los panqueques tienen tantos carbohidratos! Me sorprendió aún más cuando no escuché ningún ruido proveniente de ninguna de las habitaciones de los niños. Puse mis cosas sobre la mesa, y allí encontré una nota que decía: “Trate a las personas

(especialmente a sus hijos) como quiere que la traten, y su vida estará bien de ahora en adelante”.

Cuando me di la vuelta me encontré cara a cara con algo que pensé que mi mamá había inventado para asustarme. De pie, justo frente a mí, de sólo dos pies de alto y con una gran verruga en la nariz, había un duende.

Me miró a los ojos amablemente. Él comenzó a acercarse. Tuve miedo, tanto que hoy me es imposible recordar todos los detalles de la situación. Pero lo que me dijo se quedará conmigo hasta mis últimos días. “Por favor, no te alarmes, Karen. Tengo una historia para ti, una que espero te enseñe una valiosa lección”. Por alguna razón, me dispuse a escucharlo sin pronunciar palabra. “Sé que esto da un poco de miedo, pero te prometo que no hay nada de qué preocuparse”, dijo, mientras se sentaba en mi silla blanca y sorprendentemente limpia. “Cuando estaba aprendiendo a cuidar a los niños, mi mamá me contó una historia. Había una vez una dama llamada Doña Soila que tenía dos niños pequeños, eran maravillosos. Nunca estaban fuera y siempre hacían lo que les pedía. Pero, a pesar de eso, sufrían mucho. Un día mi madre los encontró tristes, cansados y muy hambrientos. Nunca habían experimentado ningún afecto, así que estaban súper asustados. Cuando yo entré a tu casa hoy, eso fue exactamente lo que vi.

No quiero que sigas el mismo camino. Por favor, cuida a tus hijos. Si no lo haces te prometo que enfrentarás las consecuencias. Ahora, adiós.”

Se levantó y se dirigió al umbral de la puerta que daba al patio, la cual, después de unos segundos, se cerró detrás de él. Fui a mirar por la ventana, pero había desaparecido en el aire. Con un nudo en la garganta caminé hasta la habitación de mis niños. Los dos estaban leyendo en la cama. Me senté junto a ellos y me disculpé. Seamos honestos, también lloré

mucho. Esos dulces ojos fueron suficientes para hacerme querer cambiar el mundo.

Cuando me fui a la cama, todo tenía sentido. El día horrible, la cocina desordenada, la mantequilla quemada... No pasa un día en que no esté agradecida con el duende.



Trate a las personas
(especialmente a sus hijos) como
quiere que la traten,
y su vida estará bien de ahora en
adelante.

Mi nombre es **Malin MacDonald**, y actualmente tengo 14 años. Vivo en Nosara y asisto a Del Mar Academy para completar mis estudios secundarios. Tengo una gran pasión por el surf y el running, y aunque me gusta escribir lo suelo hacer en inglés, por lo que escribir en español ha sido un reto y sigue siéndolo.

Desde que era pequeña, he soñado con convertirme en bióloga marina. El mar es mi vida y me acompaña cada día. Mi familia es mi mayor apoyo y siempre está a mi lado a cada paso que doy hacia la realización de mis sueños.

Yann Pieget

La Piedra de San Ramón de San Isidro

Se cuenta que en la cultura indígena Huetar el Sol era el supremo Dios y en honor a él se hacían ofrendas de personas que nacían en marzo.

No hace tanto y durante ese mes, nació una niña muy hermosa llamada Yumbaruti. Era tan hermosa que el pueblo no quiso darla como ofrenda al Dios Sol. Pero esto no hizo más que posponer o modificar su condena, pues, una vez que cumpliera quince años, tendría que hacer un baile para agradar al Sol. Si no lograba hacerlo moriría.

Desde su nacimiento, cada año, el sacerdote de la aldea la visitaba para asegurarse de que se preparara para el momento decisivo. Lo hizo hasta que la niña cumplió cinco años. Ese día decidió llevársela.

Antes de que Yumbaruti fuera arrastrada, trató de abrazar a sus padres por última vez. Su mamá quiso murmurarle algo, pero desgraciadamente no logró escucharla, pues las separaron muy pronto.

Tiempo después, la niña pudo escapar. Y, a pesar de que quería volver a su aldea, lo primero que hizo fue subir hasta la última piedra de la montaña más alta para poder ver al Dios

Sol. Sin embargo, era de noche cuando lo hizo, así que se dispuso a esperar y descansar.

Pero, en cuanto se recostó sobre la cima todo se nubló y comenzó a llover a aguacero cerrado. De fondo tronaba mucho y refulgían miles de rayos. De repente, sintió como si todos estos la hubieran golpeado. El espíritu de una diosa del trueno, su esencia, había entrado en ella.

Pasó el tiempo y con este la esperanza de encontrar a Yumbaruti. Todos culpaban al cura, quien prometió mandar doscientos hombres a buscarla. Pero esto no fue necesario, porque la joven apareció al día siguiente de que el hombre diera su palabra, justo al frente de su choza. Cuando ambos estuvieron frente a frente, se pudo ver algo diferente en los ojos de Yumbaruti. Él lo notó, se empezó a desmoronar por dentro y murió.

Dos semanas después comenzaron a llegar extranjeros de todos los lugares con el objetivo de ser la cabeza religiosa de aquel pueblo visitado por milagros. Pero, poco a poco, cada aspirante fue muriendo de manera misteriosa hasta que solo quedaron el viejo Shu y el joven Tefnut.

Yumbaruti, quien debía seleccionar al ganador, había visto bondad en ellos, pero su corazón se enterneció con las buenas intenciones de Tefnut, por lo que se inclinó a su favor. Cuando lo supo, Shu, respetuoso y agradecido, emprendió su camino de vuelta.

Desde ese entonces la niña empezó a visitar a Tefnut constantemente, quien rezaba todos los días varias oraciones en su nombre y por el bien de su misión. Estas oraciones dieron buenos frutos, pues, al cumplir doce años, su baile y danza eran casi perfectos. Sin duda el Dios Sol estaría complacido, por lo que todos en el pueblo estaban tranquilos. Pero tan despreocupados y seguros se sintieron que empezaron a comportarse de manera descuidada. No se preocupaban por

el bosque y mataban animales por pura diversión. Creían que el baile de Yumbaruti sería más que suficiente para que la suerte les sonriera. Por eso el día que la joven cumplió quince años el pueblo lucía terrible. Sus calles estaban llenas de ratas y el río que cruzaba el pueblo despedía un olor putrefacto. No obstante, todo era una fiesta. Todos andaban borrachos o bebiendo y comiendo. Tefnut era el único que rezaba en una esquina, mientras Yumbaruti no paraba de repasar el baile en su cabeza.

Al llegar el momento señalado, varios hombres tomaron a la joven, emprendieron su camino a la montaña y, cuando estuvieron allí, la subieron a lo más alto. Todo el pueblo los acompañó con cantos y jolgorios en una auténtica procesión en honor del Dios Sol.

Pero para su sorpresa, en el momento en que iba a comenzar la danza, de entre las nubes apareció un fuerte rayo de sol. Entonces una voz dijo: “Estúpidos humanos, habéis confiado en la ofrenda y habéis destruido el regalo de la naturaleza que hace tanto tiempo os di. Deberéis pagar vuestra codicia.”

Las personas se miraron horrorizadas, pero, como si no pasara nada, Yumbaruti comenzó a bailar. Su danza era deliciosa, parecía volar. Pronto se hizo el silencio y todo se cubrió de oscuridad. Un hombre no pudo más con la angustia de su corazón y empezó a gritar: “Hemos ofendido al Dios Sol, debemos ofrendar la vida de la muchacha”. Rápidamente las voces de todo el pueblo se fueron sumando al grito hasta que Tefnut tomó a la muchacha de ambas manos y, poniéndola sobre una piedra, le atravesó el corazón con una lanza. “Es por el bien de todos”, le dijo al oído. En el acto, la esencia del rayo dentro de ella se liberó y toda su furia golpeó la piedra, tumbando y matando a Shu de un golpe. Los lugareños corrieron colina abajo sin mirar atrás.

Desde aquel día, el pueblo busca el perdón cuidando la naturaleza y sus animales y se dice que siempre que pierde el rumbo una tormenta de rayos y truenos les recuerda el precio a pagar.



Mi nombre es **Yann Pieget Hernández**, y soy mitad suizo y mitad costarricense. Me encanta socializar y tengo muchos intereses como el fútbol, la música, la escuela, el baloncesto y mucho más. Además, hablo tres idiomas: español, francés e inglés.

Nací en el año 2009, así que tengo casi 13 años, y tengo grandes sueños para mi futuro. Quiero ser futbolista y veterinario profesional. Me siento muy afortunado de tener la oportunidad de viajar a otros países gracias a mis herencias extranjeras y mis abuelos.

En cuanto a mis experiencias en diferentes países, puedo decir que Suiza me gusta porque la gente es muy civilizada y cuidan el medio ambiente. Además, nunca hay muchos robos. Por otro lado, Costa Rica es más bonito con sus playas y su gente hermosa que disfruta de su cultura, lo que lo hace un lugar muy especial para mí.

Erney Vega

Cadejo

“Es viernes y el cuerpo lo sabe”, me dije a mi mismo mientras manejaba mi auto hacia la playa. Hacía unos días, por correo electrónico, había recibido una invitación para una fiesta. No había hecho muchas cosas este 2021 así que decidí ir. Me bajé del auto a las 10:00 pm. El aire frío golpeaba mi cara. Iba como siempre con mi mejor amigo Alan. Conforme nos acercábamos el sonido de la música y las personas se hacía más fuerte.

Al llegar me ofrecieron una deliciosa sangría, eran las 11:00 pm. Alan vino hacia mí con un par de shots.

—¿Por qué no te diviertes y tomas un par de tequilas conmigo?

Le dije que no, que se divirtiera él. Yo con lo que tenía estaba bien. Él se burló de mí como siempre hacía y dijo, para variar, que yo era aburrido, que no disfrutaba lo bueno de la vida. Por quintollésima vez me aconsejó que disfrutara mientras pudiera, pues la noche no era eterna. Todo lo dijo con sus típicos gestos y su aire de superioridad. Había

asistido a tres fiestas más que yo. Con una sonrisa le dije que no opinaba como él. Era mi mejor amigo, pero no el más inteligente.

Las personas cantaban, bailaban y bebían. Había personas divirtiéndose en el mar y otros bailando en la arena. La fiesta estaba repleta de gente. Eran las 12:00 pm cuando los de siempre armaron un show y empezaron a discutir y pelear a causa de las copas de más. Uno quiso pegarle al otro con una botella de vidrio, así que por fin los detuvieron. No era un experto en fiestas, pero empezaba a suponer que esa gente que no sabe comportarse era una constante.

Pasada medianoche, llegó un grupo de personas agitadas afirmando que habían visto y escuchado alguna clase de animal muy grande con los ojos rojos. Incluso aseguraron haber escuchado el tintineo de cadenas. Algunos sintieron miedo, pero la mayoría, gracias a los shots y a las ganas de pasarla bien, solo ignoró la historia y continuó con la fiesta. No faltó quien aullara como si fuera un lobo en son de broma.

Al poco tiempo comenzó a soplar un viento helado. Traía un sonido. Entonces, todos recordaron las cadenas, pero nadie sabía con certeza de dónde provenían los ruidos. De repente y desde las sombras, una especie perro de gran tamaño saltó sobre uno de los asistentes desgarrándole una pierna. Una locura, eso fue lo que vivimos a partir de ese momento. Todos empezaron a correr de un lado a otro.

Un valiente con un bate de béisbol quiso golpear al animal, pero la bestia se le tiró encima y le pasó la lengua por la boca. El joven instantáneamente quedó intoxicado, como ebrio. No podía creer lo que veía. Era de película.

La locura no cesaba y se escuchaban gritos diciendo que era el mismo diablo. Mientras corría para ponerme a salvo pude oír a alguien decir: “¡Es el Cadejo, es el maldito Cadejo!”. En ese momento me acordé de mi amigo Alan. No

podía dejarlo botado, él ya estaría muy borracho. Lo encontré debajo de una mesa sin saber muy bien qué pasaba, con cara de colocado. Junto con otros dos, lo levanté del suelo, y corrimos hacia un sendero en el bosque que daba hacia el colegio del pueblo.

Corríamos con todas nuestras fuerzas. Yo intenté llegar al carro, pero pronto me percaté de que las llantas estaban destrozadas. Me sentía en una película de terror. No podía ser que no pudiéramos irnos en coche. Entonces dimos vuelta y tratamos de huir por el bosque. Se escuchaba cómo la gente gritaba en todas las direcciones. Corrimos durante veinte minutos hasta llegar al final del sendero, por el camino más largo conseguimos llegar al colegio. Algunos siguieron corriendo; pero nosotros, exhaustos, decidimos entrar para refugiarnos.

En un aula nos juntamos a descansar. Éramos doce. Cuando recuperamos el aliento, empezamos a dar ideas sobre lo que había pasado y a pensar qué haríamos ahora.

—Era el Cadejo, no me lo puedo creer —susurró una chica con el pelo negro y ojos azules.

—Estás loca —dijo un hombre de camisa rota. El grupo lo ignoró, parecía haber bebido de más.

—Eso fue el diablo —dijo Alan

—Sea lo que sea no es amigable y tenemos que irnos de aquí —dije tratando de poner un poco de cordura.

—¿Quién tiene teléfono? —preguntó otra de las chicas presentes.

—Yo tengo —dijo el chico de al lado.

—Llama a la policía —le respondió la chica rápidamente.

—Piensen un poco —la interrumpí—, no nos creerán ni un poquito, ¿qué les diremos? ¿Que un perro gigante con ojos rojos y cadenas por todo el cuerpo nos ha perseguido? Suena perfecto y muy creíble, no parece para nada una tontería para justificar el desastre de una fiesta que se ha ido de las manos, principalmente si consideramos que algunos están borrachos.

Nos quedamos callados en silencio. No teníamos muchas ideas más. De la nada, una ventana se escuchó romperse. Volvimos a escuchar el sonido de las cadenas, esta vez en los pasillos. A lo lejos se empezaron a escuchar gritos de personas, probablemente otros que tuvieron la misma idea de refugiarse allí. Para rematar la situación: no había luz. Con las linternas del teléfono intentábamos caminar hacia la entrada, pero una sombra se veía a lo lejos y todos estábamos petrificados. Éramos unas diez personas.

Tenía mucho miedo, mis manos temblaban. Trataba de reducir la intensidad de mi linterna para ahorrar batería cuando una luz se encendió y pudimos ver mucho mejor la bestia que estaba en ese instante enfrente nuestro. No había duda, era El Cadejo.

Como si fuera posible volver la situación más inverosímil, la bestia comenzó a hablar.

—Gente inconsciente, desperdician su vida con vicios, matándose y destruyendo al planeta, publican todo lo que hacen, lo que piensan, lo que ven, y hasta lo que comen... son tan estúpidos. Sólo tengo que indagar en sus redes sociales para saber todo de ustedes, humanos.

La luz se apagó. Solo pudimos iluminar un poco el sitio con las linternas de nuestros teléfonos.

—Nunca se irá —dijo temblando una muchacha.

—Tiene que irse —respondí.

—¿Ha dicho que nos sigue en Facebook? —dijo alguien tras de mí.

A pesar de que sus ojos amenazantes se encontraban fijos en nosotros, no nos atacaba. Por lo que vi en la playa había atacado hasta cuatro personas a la vez. No entendía por qué a nosotros no nos hacía nada. O al menos a algunos de nosotros. Quedábamos seis.

Escuché sollozar a Alan y pude ver por el rabillo del ojo cómo el Cadejo se le acercaba y le lamía la cara. Sentía el calor del animal a mi lado.

—Ustedes hacen desastres y no aprenden. Olvidan muy pronto y van de mal en peor, pero yo les daré una lección que no olvidaran —eso fue lo último que escuché antes de desmayarme.

Lo siguiente que recuerdo es despertar en mi cama. Mi madre estaba decepcionada. Al parecer habían encontrado a mis compañeros destrozando la escuela mientras yo dormía. Éramos la noticia del pueblo. Necesitaba contactar a Alan. Cuando logré entrar a Facebook no me lo podía creer. Fotos de la playa llena de basura de la fiesta y muchos comentarios que la ponían como la mejor fiesta del mundo. Tontería tras tontería: “La fiesta Cadejo, la mejor”; “Shots de leyenda con

El Cadejo”; “Una fiesta bien perra”.

—No aprendemos y vamos de mal en peor —dije repitiendo en voz alta las palabras del Cadejo.

Quizás él no era el malo de la historia.



Mi nombre es **Erney Yadir Vega López** y nací en Liberia, Costa Rica, el 13 de septiembre de 2008. Desde el año 2019, estudio en Del Mar Academy gracias a una beca que me permitió desarrollar mi habilidad para hablar dos idiomas: inglés y español.

Me considero una persona aplicada y enérgica. Siempre trato de dar lo mejor de mí en todo lo que hago, ya sea en mi desempeño académico o en mis pasatiempos. Uno de mis deportes favoritos es el ciclismo, el cual disfruto practicando con gran entusiasmo y dedicación.

En el futuro, tengo la meta de ayudar a las personas de alguna manera. Todavía no sé exactamente cómo lo haré, pero estoy seguro de que encontraré la manera de hacerlo. Con mi actitud positiva, mi energía y mi compromiso, estoy seguro de que podré lograr grandes cosas en la vida.

Francesca Gruodis

La Mamá Del Monstruo

Miré la fotografía de mi mamá. La extraño mucho.

—Perdóname, Mamá— susurré.

Aparté la mirada de la fotografía y miré hacia la ventana. El viento sopló fuerte y movió las ramas de los árboles. La Luna, escondida por las nubes grises, marcó el décimo aniversario de mi castigo. Cuando era más joven odiaba mi carácter. Era molesta, ingrata y maleducada. Poco había sabido entonces, pero fue esa actitud la que afectó mi futuro. ¿Cómo?, quizá te preguntes. Pues bien, esa es la razón por la que me convertí en La...

Empecé a comer mi cena. Estaba sentada en una mesa pequeña, en el espacio reducido que formaba mi cocina. Me di cuenta de que no tenía nada para beber. Me levanté, abrí mi pequeña nevera y agarré una Coca Cola. Me senté en mi modesta silla otra vez y empecé a comer. El sabor del arroz era horrible, pero tenía hambre, así que lo ignoré.

Cuando terminé de limpiar los platos, me lavé los dientes y entré al cuarto. Mi cuarto era diminuto, con una cama sencilla, un armario y un espejo. Había una puerta a la izquierda que daba a un baño. Me enterré bajo las mantas y encendí la tele. Mañana voy a tener un día agotador o, mejor dicho, una noche agotadora, la noche de La Segua. No es duro, pero es siempre la misma cosa. Bueno, no es que sea algo de todos los días, solo durante el fin de semana que voy en busca de hombres borrachos. ¿Y el resto de los días? De lunes a viernes trabajo como camarera. Mi programa favorito, ‘Wheel of fortune’, estaba empezando. Pasé veinte minutos viendo el programa antes de que mis ojos empezaran a cerrarse, pero justo antes de dormir escuche un toque en la puerta. “¿Quién llama a esta hora?”, pensé. Salí de mi cuarto y me puse un suéter mientras caminaba hacia la puerta. Podría ser un hombre...

La Segua dentro de mí se entusiasmó; respiré y retoqué mi apariencia. Abrí la puerta. La persona que apareció en frente de mí era la persona que nunca pensé que volvería ver.

—¿MAMÁ?! —exclamé.

—No, ¡soy su papá! —dijo mi mamá sarcásticamente.

—Ma... mamá, ¿qué haces aquí? —pregunté, sorprendida.

—Visitándote, nos hemos vuelto distantes desde la maldición —respondió ella, aunque ‘distantes’ no es la palabra que yo usaría.

Mi mamá me empujó hacia dentro.

—Dame un abrazo, Isabela —dijo, mientras la envolvía en un abrazo, enterrando mi cara en su pecho.

—Te he extrañado mamá —le dije.

—Yo también, hija —me susurró—, ¿qué haces viviendo en una casa tan sucia? ¡Hay basura por todos lados! Es malo para el medio ambiente, ¿sabes? Mañana vamos a limpiar toda la basura alrededor de tu casa.

Observaba mientras mi mamá agarraba el jugo de naranja de mi refrigerador y lo vertía en un vaso.

—Ahora, ¿qué has estado haciendo todos estos años? —preguntó mi mamá.

—Trabajo en Olive Garden de lunes a viernes— respondí.

—¿Y el fin de semana?

—Ehh... sobre eso... pues la maldición... bueno, cada fin de semana me voy a la calle y pido que hombres borrachos me lleven en sus autos y después me transformo en un monstruo con cráneo de caballo y los asusto —respondí, sonrojándome.

Mi mamá no se veía sorprendida ni asustada.

—Eso es nada comparado a lo que pasaba cuando tenías mala actitud en aquellos tiempos. Pero ¿por qué no dejas de hacerlo? —preguntó mi mamá de inmediato.

En realidad, no sabía cómo explicarlo.

—Siento algo, un impulso que no puedo ignorar. Solo desaparece después de que lo hago. Me volvería loca si no lo

hiciera un par de veces a la semana —respondí.

Mi mamá asintió con la cabeza, pero se interrumpió para hacer otra cosa.

—Ay, ¡dejé mis bolsas en la sala! —exclamó. Ella corrió afuera y agarró dos bolsas largas y llenas.

—¿Dónde está tu cuarto secundario? —preguntó.

—Ehh, ¿te vas a quedar conmigo?

—¡Obviamente! No tengo que pagar para quedarme aquí —respondió sonriente.

—Bueno, tengo un colchón extra que puedo poner en el piso, pero no tengo otro cuarto —dije.

—Está bien, debería funcionar por ahora —dijo mi mamá.

Fui por el colchón, pero estaba detrás de muchas cosas. Duré diez minutos tratando de sacarlo del trastero, y cuando regresé mi mamá ya no estaba en la cocina.

—¿Mamá? —llamé.

Nadie respondió. Confundida, dejé el colchón y llamé a mi madre otra vez. En vez de escuchar una voz, escuché un ronquido que venía de mi cuarto. Abrí la puerta de mi habitación y vi a mi mamá durmiendo en mi cama. Suspiré. “Supongo que voy a dormir en el colchón”, pensé. Qué día lleno de sorpresas.

Cuando desperté al día siguiente, mi mamá ya estaba

desayunando. Olía demasiado bien para haber salido de mi refrigerador.

—Buenos días, perezosa —dijo mi mamá.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Son las 8:30 —respondió mi mamá. “Wow, me desperté muy pronto”, pensé mientras mi mamá me regañaba por haber despertado tarde.

Hoy, domingo, es el día en que me gusta descansar y no hacer nada. Pero mi mamá parecía tener otra idea.

—¿Lista para limpiar toda la basura? —preguntó mi mamá.

—¡Pero no he comido nada! —protesté.

—Ah sí, venga aquí, Isabela, tienes que comer algo, estás muy flaca. Me levanté del colchón y fui a ver que estaba comiendo mi mamá. Eran las sobras de espagueti que venían de un restaurante aparentemente elegante, pero recalentados con el toque de una madre.

—¿Quieres un poco? Está delicioso —dijo. Tomó un poquito en un tenedor y lo olí. Olía bien, entonces lo metí en mi boca. Mientras masticaba, sentí algo duro, como morder nueces. Después me di cuenta: era un cacahuete. ¡Soy alérgica a los cacahuetes! Giré mi cabeza lentamente hacia mi mamá.

—M... mamá, ¿este espagueti tiene cacahuetes? —pregunté, temiendo lo peor.

—Sí, ¿por qué? —ella preguntó.

Pero no tuve que responder, porque mi mamá debió verme hinchándome.

—¿Dónde está tu EPIPEN? —gritó mi mamá.

—En mi baño, ¡corre! —grité.

La seguí, pero solo unos pocos pasos. Podía sentir mi garganta cerrándose y mi visión se estaba volviendo borrosa. Me derrumbé fuera de mi habitación, luchaba por respirar. Podía escuchar un ruido de cosas y algo rompiéndose, luego pasos acercándose. Vi a mi mamá enfrente de mí, con el EPIPEN en su mano. Ella se veía asustada, pero yo sabía por qué. Gemí y levanté mi mano para señalar a mi muslo. Ella asintió y me inyectó en el muslo. Justo después, me desmayé.

Desperté por segunda vez en la mañana, ahora en mi cama. Mi mamá estaba sentada en una silla a mi derecha.

—¡Isabela! —gritó—. Gracias a Dios que estás bien, ¡estaba tan preocupaba! ¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Agua, más mantas? —preguntó mi mamá, pero la interrumpí.

—Mamá, estoy bien, no te preocupes —respondí con voz ronca.

—Lo siento, solo... no quería perderte de nuevo —dijo mi mamá.

No estaba sorprendida de verla así. Debía haber sido muy duro para ella.

—Mamá, quiero disculparme por... todo —dije—. Te hice pasar por muchas cosas cuando era más joven, quiero que sepas lo agradecida que estoy de ser tu hija. Gracias, mamá, por estar ahí siempre.

—Ay, Isabela, siempre te amaré, incluso si te conviertes en un monstruo horrible. Estás perdonada. Además, esos borrachos merecen el susto —respondió mi mamá con cariño.

Nos abrazamos, pero el momento se vio arruinado cuando de repente una mano negra con uñas largas salió de la nada y agarró mi muñeca. Grité, mientras mi madre trataba de quitármela de encima. Una voz resonó en mi mente, que anuló el ruido de los gritos de mi madre. “Te libero de tu maldición, has aprendido. Desde ahora, siempre estarás agradecida y serás amable con las personas que te dieron vida”, dijo la voz. La mano se retiró lentamente, mientras mi mamá me ayudó a levantarme. No me había dado cuenta de que me había caído de la cama.

—¿Qué pasó? —pregunté. Mi mamá me miró con ojos llorosos.

—La maldición... ¡Fue levantada! —exclamó mi mamá. Esas palabras encendieron mi espíritu. No más Segua, no más monstruo. Ahora eres libre... libre de mi maldición.

—¿Deberíamos... celebrar? —sugirió mi mamá.

Yo sabía lo que tenía que hacer, y no era celebrar. Era algo que haría a mi mamá tan feliz como a mí en las últimas veinticuatro horas.

—No —dije—. Hoy tengo que recoger y limpiar bien esta casa para que me pueda quedar con la persona que más me importa, inclusive olvidándome sobre cómo llegaron esos cacahuets a mi plato.

Mi nombre es **Francesca Gruodis**, nací el 22 de noviembre de 2008 en Canadá. Siempre fui una persona muy tímida, mi voz era extremadamente suave y, por eso, llamaba la atención de las personas. Cuando tenía 5 años, mis padres decidieron mudar a toda la familia a Costa Rica. Yo amaba Canadá, estaba triste por tener que dejar atrás a mis amigos y familiares. No sabía cuánto cambiaría cuando nos mudamos.

En Costa Rica, hice muchos amigos a lo largo de los años en Nosara. Muchos de ellos se mudaron, pero nunca dejé de ganar más amigos cada año. En segundo grado, desarrollé un gusto por montar a caballo, y en quinto grado conocí a una familia que tuvo que mudarse debido al COVID-19 y no podían llevarse su caballo, así que tuvieron que venderlo. Lo compramos de inmediato y, un par de años después, somos dueños de 2 caballos, Charm y Max, y montamos de manera competitiva.

Actualmente, estoy en 7mo grado y sigo asistiendo a Del Mar Academy, la escuela que me recibió en Costa Rica. No podría estar más feliz viviendo en este país, y agradezco a mis padres por llevarme aquí y brindarme la oportunidad de crecer y experimentar nuevas cosas.

Maiya Maldonado

La monja del vaso

Cirugía. Cuatro sílabas. Solo siete simples letras cuya pronunciación podría significar toda una vida de consecuencias y arrepentimiento. No sentí nada más que pena cuando el médico, vestido con su estúpida bata blanca y frunciendo el ceño, dijo que era la única opción.

Pasaron los días. No estaba comiendo. Mi mamá estaba preocupada, pero yo no. El día de mi cirugía, el 29 de octubre, llegó demasiado rápido para mi gusto. Nos registramos en el hospital San Juan de Dios el día anterior. Me acomodaron en una habitación fría y sosa que me hizo sentir muy sola. Me molestaba pensar que pasaría la mayor parte de mi tiempo ahí. Lo que me disgustaba más del hospital no eran las luces brillantes, ni el olor estéril, ni la comida blanda de la cafetería, era precisamente la ausencia de enfermeras, reemplazadas por monjas que se vestían de negro con cuello blanco y usaban una toca alta con forma de barco de papel. Creo que mi mamá lo prefería así, como si las monjas fueran enviadas por Dios para cuidarme durante y después de mi cirugía. A mí, sin embargo, me daban escalofríos tan solo verlas pasar.

La noche anterior a la cirugía dormí sorprendentemente

bien. El brillo de la luna y las estrellas brillantes que se asomaban por la ventana del hospital eran de alguna manera lo más real y familiar en esa habitación. Trajo un poco de tranquilidad a mi espíritu.

A la mañana siguiente, cuando las crujientes ruedas de la cama del hospital me empujaron a la sala de operaciones, todo lo que me hacía sentir cómoda desapareció. Me sentí sola y con frío, pero tan pronto como lo supe, estaba contando atrás desde las diez y cayendo en un oscuro sueño sin sueños.

La primera noche

Desperté aturdida. Traté de mover la mano, pero no tuve éxito. No podía sentir mi mano, ni mi brazo, ni ninguna parte de mi cuerpo. Tenía frío, mucho frío. Deseaba alcanzar las mantas y subirlas hasta mi barbilla.

—¿Quieres un vaso de agua? —dijo una voz en tono alto al lado mío.

Una monja pálida de ojos blancos me miraba expectante. Repitió su pregunta de nuevo, esta vez su voz sonó un poco más fuerte. “Querida, ¿te gustaría un poco de agüita?”

No pude hacer otra cosa que mirarla mientras inclinaba la cabeza hacia un lado. Su tono se volvió más agresivo. “Agua, debe tomar agua”.

Traté de gruñir un no, pero mi voz salió como un pequeño ronquido. Lentamente, ella comenzó a caminar más cerca de mí. Sus zapatos negros arrastrados por el suelo. Su piel estaba tan pálida que era casi traslúcida, y su bata estaba sucia y rasgada. Cuando se acercó, sus dedos huesudos se posaron sobre mi manta y empujó el vaso de agua en mi cara. “Agua. ¿Quieres beber agua?” Sus ojos estaban muy abiertos.

Traté de negar con la cabeza, no, pero de nuevo, no podía moverme. Dejé la taza sobre la mesa a mi lado y me llevé sus dedos a mi cara. Estaban fríos, muy fríos. Mis ojos ya no mostraban sino miedo. Ella sonrió de nuevo, con una loca y sádica sonrisa que me hacía sentir escalofríos a través de mis huesos. “Tome. Beber agua. Toma agua”.

“No quiero agua”. Ella me estaba asustando. Conseguí apartar su mano de mi cara y como si la quemara de inmediato, dejó caer el vaso de agua, un ruido estremecedor y los pedazos volaron por todas partes. No parecía afectada por sus manos ahora cortadas y ensangrentadas y volvió a mirarme. Llevó su mano fría a mi cara de nuevo, dejando una huella roja y húmeda en mi mejilla. Tan rápido como llegó, desapareció, desvaneciéndose en la luz de la luna. No dormí esa noche, mantuve los ojos bien abiertos por el terror.

Cuando el sol entró por la ventana del hospital, yo todavía estaba despierta. Lentamente comencé a recuperar el control de mi cuerpo. Mi mamá entró en el momento en que se abrió la puerta de visitas. Me bañó de abrazos y besos. Por alguna razón, ella no se dio cuenta del hecho de que yo tenía una huella de mano ensangrentada en mi cara ni de los fragmentos de vidrio en el piso.

—Voy a bajar a comprar algo para desayunar. ¿Qué quieres? —me dijo con su cariñoso tono habitual.

—Avena, porfis —mi voz salió ronca y rasposa.

Ella asintió con la cabeza mientras salía al mismo pasillo del que vino la monja. Mi mamá trajo mi comida, avena insípida de la cafetería del hospital. Todo un lujo. Mientras jugaba con la comida, me sorprendí de lo que vi en el propio plato de avena: sangre, dos ojos oscuros que desaparecieron

en un pestañear.

Entró el viejo médico que tenía asignado con una pila de archivos en su mano que contenían información sobre casi todos los pacientes del hospital, supuse. Un error de escritura o información faltante y podría ocurrir lo peor. “Tenemos buenas noticias”. Empezó mientras entraba al cuarto. “La cirugía de Keyla fue perfecta y ella tiene control total de su cuerpo. Si continuamos por este camino, podría estar fuera de aquí la semana que viene”.

Eso me hizo sonreír, pero no fue suficiente para borrar los pensamientos de la monja que vino anoche. Quería preguntarle al médico sobre lo que yo había visto y si era real.

—¡Que lindo escucharlo! Muchas gracias —dijo mamá al doctor.

—Es simplemente mi trabajo. Y eso es lo que dicen los datos. Pero quiero preguntarte, Keyla, ¿cómo te sientes?

—Em... bien, supongo. Realmente cansada, no dormí mucho anoche —respondí.

—¿De verdad? —dijo el médico levantando las cejas—, tu cuerpo necesitaba el descanso.

Quería hablar de lo que pasó anoche. Pero, ¿y si pensaba que era una loca? ¿Trataría de enviarme a psiquiatría? ¿O darme drogas? Simplemente no quise correr el riesgo.

El médico nos sonrió sin llegar a mirarnos antes de salir de la habitación. Ese día estuvo lleno de pruebas de sangre y sonrisas falsas, de ‘cómo estás’ y de intentos fallidos de conciliar el sueño.

La segunda noche

El doctor tenía postura de soldado, de pie en el pasillo. Me sonrió con la fría y distante forma en que lo hacen los profesionales aquí. No podía relajarme con tales expresiones. Estaba nerviosa, asustada. De nuevo comencé a ver la figura; la monja estaba detrás del médico, su expresión tenía una sonrisa maliciosa, sus ojos muy abiertos y ensangrentados. Moví mi mano sobre la manta, buscando consuelo entre las sábanas. Cerré los ojos con fuerza. Pero cuando los abrí de nuevo, no había nadie en el pasillo. Las paredes se sentían como si se estuvieran cerrando sobre mí. No podía hablar, no podía gritar. Nada bloqueaba las imágenes de siluetas flotantes y la monja con la boca abierta que me sonreía.

Un llanto fuerte vino de la habitación a mi lado. Era el llanto de un bebé al nacer, venía de una habitación que no estaba ocupada. Las máquinas enganchadas a mi cuerpo se silenciaron cuando una fuerte ráfaga de viento vino de la ventana a mi lado. Traté de mantener la mirada fija en la luna brillante y presioné mis palmas contra mis oídos, tratando de ahogar el horror. El sonido de un objeto metálico golpeó contra los pasillos vacíos. “¿Alguien más estaba escuchando esto?”, pensé. En este momento, no quería nada más que el consuelo de mi madre, sus fuertes brazos envolviéndome. ¿Dónde estaba ella?

Fue como si alguien accionara un interruptor. Las luces se prendieron de nuevo, las máquinas salieron de su letargo y un ritmo constante batió el silencio. Me tomó mucho tiempo conciliar el sueño esa noche. Me desperté, al igual que la noche anterior, como si no hubiera pasado nada.

La tercera noche

Viento. Gritos. Llantos. El sonido de pasos resonaba a través de los pasillos oscuros. Algo de esta noche era diferente. La atmósfera había cambiado. Más frío de lo normal, quizás más oscuridad. No se veían ni las estrellas para ofrecerme tranquilidad. “Ella está de regreso”.

Escuché las suaves vainas de sus zapatos negros contra el brillante piso del pasillo del hospital. Traté de acercarme a la lámpara de aceite con la esperanza de tomarla e iluminar los rincones de la habitación en busca de alguna explicación razonable para aquel sonido. Pero el fuego se apagó casi de inmediato. Entró. Su piel pálida brillaba a pesar de la oscuridad. Apreté los ojos con fuerza.

—¿Quieres un vaso con agua?!

—¡No! No, que yo no... ¡No, no quiero! —grité todo lo que pude.

Antes que me diera cuenta se había ido. Pero la noche no terminó para mí. Un pitido comenzó a reproducirse en mi cabeza, mis ojos se pusieron en blanco mientras mi cuerpo se sacudía incontrolablemente.

POV desconocido

Las luces del pasillo parpadean en rojo y azul. Los doctores y las monjas entraron corriendo a mi habitación, y no hice nada más que mirar desde lejos, fuera de mi cuerpo. Vi cómo comenzaban a sujetar sus brazos y piernas, e iniciaron las compresiones torácicas. Una monja colocó un fósforo de oxígeno en la cara pálida y sin vida. Tenía círculos oscuros

debajo de los ojos. Sabía que yo era la causa de ellos. Caminé hacia mi cuerpo, como un fantasma, pasé a través de las otras personas.

El tercer día

Esa mañana, cuando desperté, veía borroso.
Mi mamá tenía sus cachetes manchados de rímel y lágrimas.

—Ay, cariño, por fin estás despierta.

—¿Qué pasó anoche?

Miró hacia abajo. Una mueca apareció en su rostro.

—No conozco todos los detalles, pero casi mueres, Keyla. Estaba tan asustada, no tienes ni idea de lo que he sentido.

Mi madre se acercó más a mí, me dio un fuerte abrazo que en verdad necesitaba. Los médicos y las monjas entraban y salían de la habitación, pero mi madre se quedó a mi lado todo el día y solo se fue cuando terminaron las horas de visita.

La cuarta noche

Estaba aquí otra vez. Ella. Vestida con su sucia túnica negra que llegaba hasta el suelo y la gorra en forma de barco en la cabeza. Entró en mi habitación, acercándose a mí, poniendo sus dedos largos a cada lado del poste de la cama, sus ojos diabólicos cerrados a mi cara. “¿Quieres un vaso de agua?” Ella gritaba, yo podía sentir su saliva en mi cara.

Empecé a sollozar y fue entonces cuando me di cuenta de que ella también lo hacía. Lágrimas húmedas y calientes

corrían por su pálido rostro, su boca se torció en un feo gesto.

—¡Por favor, por favor, tome! —Su voz salió suplicante. Casi la compadecí.

Cerré mis ojos. ¿Qué más quedaba? “Está bien, está bien, está bien, por favor, tráigala”, le dije.

Su rostro cambió. Con los ojos muy abiertos, asintió frenéticamente; sus manos temblorosas alcanzaron el agua. “Por favor, Dios, que sea rápido. Y asegúrate de que mi mamá esté bien”.

La monja puso una de sus manos en mi barbilla, con un apretón fuerte inclinó mi cabeza hacia arriba. Su otra mano vertió lentamente el agua por mi garganta. En realidad no quería tragar, involuntariamente traté de vomitar lo que ella me había dado. La monja continuó echando más y más líquido por mi garganta. El agua comenzaba a derramarse en mi camisón. Estaba cansada. Estaba cansada de luchar contra todo, el hospital, las monjas, el terror, los datos.

“Estaba lista para morir”.

Esperaba que Dios fuera amable conmigo, que me encontrara en las puertas y me llevara al cielo. “Ten cuidado conmigo, por favor. Todavía soy una niña. No he tenido la oportunidad de sentir el mundo que me rodea. No he tenido tiempo de elegir lo que quiero hacer”. Una pequeña sonrisa apareció en mi rostro cuando pensé: “Papá, te veo pronto”.

Los días después del milagro

El sol brillaba tan fuerte, el aire olía tan fresco. Caminé dando saltos, con una constante sonrisa plasmada en mi cara.

Las mariposas bailaban por los jardines mientras sostenía unas flores en mi mano derecha. En la otra, un boombox portátil que tocaba música hippie de los 80 hizo que todos a mi alrededor bailaran. Fui bendecida, un milagro, dice mi mamá. Pero no fue un milagro, fue una maldición horrible, aterradora, que robó mi sueño y que terminó bien. Pero después de todo, me siento mejor. No más noches de insomnio ni análisis de sangre. Estaba en casa, sana y feliz. Nunca sabré si ese vaso trató de quitarme la vida o me la devolvió, pero desde entonces casi nunca he tenido sed.

Mi nombre es **Maiya Maldonado** y nací el 27 de septiembre de 2008 en el corazón de la ciudad de Nueva York. Crecí con mi mamá, con las grandes multitudes y las calles llenas de la ciudad hasta que me mudé en 2018 al medio de la nada en Nosara, Costa Rica. Desde muy temprana edad, tan joven como un feto en el útero, mi madre promovió mi pasión por la lectura, quien me leyó *El Señor de los Anillos* antes de que yo estuviera en el mundo. Crecí rodeada de literatura y me encanta sumergirme en ella. Cuanto más leía, mejor aprendía a escribir. Aprendí algunas técnicas de estilo de escritura de otros autores, nuevas palabras y cómo formar una historia por exposición de primera mano. Es una pasión que sé que siempre voy a tener, es algo en lo que yo puedo confiar. No tengo dudas de que la escritura es mi mayor talento y estoy muy agradecida de tener la oportunidad, como esta, de perseguir y liderar mi pasión.

Jairo Bermudez

¿Efectivo o tarjeta?

Todavía recuerdo la horrible noche de mi muerte. La noche en la que me volví famoso.

Era el 30 de octubre del 2021 por la mañana, ese día en especial era muy frío, con tormenta eléctrica. Mis padres estaban peleando en el cuarto, como era usual. Siempre pensé que se divorciarían. Yo estaba en la sala con Totó, mi perro, y un amigo viendo videos de Dross Rotzank. Mi perro estaba escondido abajo de la mesa temblando, desde cachorro le habían dado miedo los rayos.

Después de un rato seguía lloviendo fuerte. Yo estaba asustado porque creía que el río se desbordaría. Mi casa está cerca del río. Veía por la ventana a mucha gente yéndose o preparándose para irse. Mi amigo y yo decidimos ir al súper a comprar provisiones y mi perro, como siempre y a pesar de sus miedos, nos siguió. Habíamos ido caminando, ya que el supermercado estaba muy cerca. Cuando llegamos mi perro no quiso entrar y ladró al súper sin aparentemente ninguna razón.

Entramos y empezamos a buscar provisiones. Lo necesario para días de tormenta: algo azucarado y mucho

pan. Todo estaba normal, hasta que en medio del pasillo sentí un rasguño en la espalda. Me voltee rápidamente, pero no vi a nadie. Actúe como si no hubiera pasado nada. Estaba en público y no quería parecer un loco.

Mi amigo tuvo que ir a recoger otra cosa mientras yo me quedaba en la caja registradora. La chica que estaba ahí era muy pálida. Su pelo era largo y negro y le cubría los ojos, y la mascarilla le cubría la otra parte de la cara. Llevaba un vestido blanco manchado con barro. Todo me pareció normal hasta el momento en el que ella acercó su mano a mi cara. No era muy normal que la cajera te tocara la cara, pensé, pero tenía una sensación extraña, no podía moverme. Solo vi como sus uñas rotas y ensangrentadas se metían en mis ojos y me dejaban sin vista. Todo se quedó en negro. Lo único que podía escuchar era un susurro muy bajo que decía: «Mis hijos, mis hijos...». Pude abrir los ojos de nuevo, pero el dolor seguía provocando que mis ojos estuvieran llorosos. La mujer de la caja había desaparecido y mi amigo había vuelto. Cuando me di cuenta, tenía en frente a una persona completamente diferente a la que yo había visto, la cual me decía: «¿Efectivo o tarjeta?».

Cuando volvimos, le conté a mi amigo lo que había pasado. Él, igual que hubiera hecho yo en su caso, me trató de loco. Algo enfadado, me alejé de él y me fui por mi lado, dándole a entender que ya no era bienvenido en mi casa. Me di cuenta de que mi perro no me seguía. Llegué a la casa y esperé a que Totó volviera solo.

Llegó la tarde y mi perro no regresaba. Me estaba preocupando porque la lluvia seguía, así que lo fui a buscar. Me imaginé que había tomado el camino del monte, un lugar de muchas culebras y leyendas tenebrosas. Corrí a buscarlo, pero no lo encontré. Por el camino me lastimé con algunas espinas, pero al fin lo vi. Totó estaba ladrándole a la nada una vez más. Esta vez era a una pequeña montaña con un pino

en lo más alto. De pronto empezó a temblar fuertemente. Vi como la montaña se levantaba y una cosa redonda, amarilla y brillante salía. Poco a poco vi la silueta, era como una cabeza y me asusté aún más. Mi perro salió corriendo, pero esta vez vi adónde fue y lo perseguí mientras escuchaba: «El miedo es una herramienta».

La lluvia cesó, pero no las palabras que había escuchado ese día. «El miedo es una herramienta», me repetía una y otra vez. Tras mucho reflexionar, sabía que la cajera fantasmal que había visto era la mismísima Llorona. Pero ¿por qué yo? ¿Y por qué en medio de un supermercado? ¿Qué había en aquella pequeña montaña que me llamó la curiosidad?

Mi mente no paraba de preguntárselo, así que me armé de valor y, el día más luminoso que encontré, fui hacia la montaña misteriosa. Era valiente, pero no tanto como para ir a oscuras a un lugar como aquel. Al llegar, enseguida noté algo y al parecer Totó también, porque buscaba mis piernas como cuando escuchaba truenos.

Al fijarme bien en la montañita vi algo brillante. Algo que se asomaba medio enterrado, a mitad de la montaña. Me acerqué y Totó me acompañó. Cuando tiré de aquel descubrimiento, vi que se trataba de un viejo libro que se titulaba Guía práctica de leyendas jóvenes. Nada más leer el título y apareció frente a mí la Llorona cajera fantasmagórica, y esta vez ella me preguntó: «¿Efectivo o tarjeta?»

Pues resulta que ahora soy una leyenda que sale los días de lluvia acompañado de su temible perro. Ya ves, Totó temible. Tendría que haber contestado «tarjeta», que iba yo a saber que el pago efectivo es con la misma muerte. Hoy en día las leyendas parecen haber copiado las técnicas agresivas de venta y ya no se esconden entre sombras y casas viejas. En un supermercado la encontré. Vaya suerte la mía. Al menos tengo un objetivo, van a tener que dejar de construir casas

cerca del río y quitar la vegetación, porque si no, me ocuparé de que estos humanos paguen en efectivo.

Mi nombre es **Jairo Bermudez Araya** y tengo 13 años. Nací en San José en el año 2007, pero mi familia me llevó a Nosara solo tres horas después de mi nacimiento. Me encanta todo tipo de deportes, los videojuegos, los animales y salir a caminar. Estoy muy orgulloso de haber obtenido una beca en Del Mar Academy, de haber aprendido a hablar inglés y de haber ganado el trofeo platino (100% de juego) en Dark Souls 3.

Un aspecto interesante de mi vida es que suelo estar afuera hasta altas horas de la noche, incluso después de las 12, y a veces escuchamos cosas extrañas. Desde entonces, mis amigos y yo creemos más en las leyendas y a veces investigamos sobre ellas. Creo que esto me ha ayudado a desarrollar una mente curiosa y a estar más consciente de mi entorno.

Sebastián Hernández

El diablo chingo al acecho

Se dice que en una finca en Costa Rica se encontraba un toro chingo muy grande y robusto, que era campeón en la monta de toros. Nunca nadie lo había vencido y eso generaba mucho dinero a su dueño Alberto Quintanilla, que era además dueño de la famosa Hacienda El Sartén.

Alberto Quintanilla había conseguido a su toro en una calle de Guanacaste, o eso contaba. Se decía que una sombra lo había puesto en sus brazos. En ese entonces le calculó alrededor de dos meses a la pobre criatura que parecía un perro callejero de lo delgada que estaba.

Cuando el toro creció, Alberto no dudo en inscribirlo en las corridas de toros. Era fantástico, una máquina que nadie podía parar, y que parecía que iba a acrecentar la fortuna de su dueño indefinidamente. Pero un 31 de diciembre, como todos los años, todo cambió. Se celebraban las corridas de Zapote y el ganadero había decidido participar con su estrella, la cual sería montada por uno de los mejores jinetes del mundo, el mismísimo Jess Lockwood.

Alberto le pidió mucho a Dios que su bestia no saliera mal parada. Pero, llegado el momento, no recibió ningún premio,

tan solo las burlas de su montador. Para sorpresa de muchos, el toro había sido derrotado.

Después de aquella decepción, cuando iban de camino a la hacienda El Sartén, el toro mostró un gran malestar de manera repentina. Se mecía de lado a lado. Cualquiera que lo hubiera visto habría dicho que estaba en las últimas, y con mucha razón, porque murió dos horas después de llegar a la hacienda. En su expresión todavía se podía ver la cara de furia con la que había enfrentado a Lockwood cuando se reía de él.

Alberto Quintanilla, por su parte, sufrió mucho y lloró amargamente hasta que llegó el momento de marcharse a casa junto con su esposa y sus hijos. Pero, justo en el momento en que recogía su última lágrima y se disponía a partir, sintió un resoplido en la espada. Al girarse se encontró de nuevo con su toro, pero algo había cambiado. Sus ojos eran de un intenso rojo y su cola parecía un pequeño puñal. La expresión de rabia en sus ojos era tan intensa que le costaba mirarlos.

Aquel monstruo se acercó a su antiguo dueño y con el morro le dio dos toquitos en la mano como despedida para luego reventar de un golpe la puerta de los establos y salir a galope. Don Alberto Quintanilla juró que en ese instante escuchó una voz de otro mundo que decía: “veremos quién ríe al último”. Dicen que en ese momento una maldición cayó sobre el americano cruel, pues después de ese día no se volvió a escuchar el nombre de Jess Lockwood.

Desde entonces los extranjeros y los nacionales saben que deben respetar nuestra tierra, animales y tradiciones, porque se dice que, en lo alto de cada montaña, está el toro chingo observando para cargar contra quienes no lo hagan y se atrevan a ofenderlo.



Mi nombre es **Sebastián** y nací el 30 de abril del 2008 en Nicoya, Guanacaste, Costa Rica. Actualmente tengo 13 años y me considero un tico orgulloso. Me gusta el fútbol, los videojuegos, los gatos y las motos.

Uno de mis logros más destacados fue entrar a Del Mar Academy y también ganar una medalla de plata en campo traviesa. Pero para mí, uno de los momentos más importantes en mi vida fue cuando ayudé a cruzar la calle a mi abuelita.

Soy una persona que valora la familia y me gusta ayudar a los demás en lo que puedo.

Sanya Zambrana

Carta de traspaso

Ha pasado mucho tiempo desde que solía hacer mi trabajo con verdadero entusiasmo, mi propósito. Ahora todo es muy diferente. Todo cambió para mal. El poblado donde vivo poco a poco se fue llenando de más personas y los árboles del bosque, que eran mi único escondite, fueron cortados y así poco a poco destruyendo lo que podría considerar mi hogar. A pesar de todo, aún tengo que continuar con mi labor.

Me imagino que te estarás preguntando quién soy y cuál es mi labor. Pues muy bien, soy la Mona. Exactamente, la Mona, el famoso personaje de leyendas centroamericanas y de origen Chorotega. Mi historia cuenta cómo brujas poderosas eran convertidas en humanoides mitad mono y mitad humano. Debido a los drásticos cambios del lugar donde solía habitar, con el paso del tiempo perdí el poder y desarrollé la capacidad de trabajar en forma humana, pero sin perder mis capacidades principales de poder convertirme en la original Mona.

Todas las leyendas existentes tienen un propósito en su creación; en mi caso, los antiguos indígenas me convirtieron en lo que soy solo por haber estado en el camino perdido de

la brujería. Mi maldición se me asignó con el único propósito de enseñar lecciones a las personas durante décadas solo a base de sufrimiento. Parece cruel decir que todo es a base de sufrimiento, pero esto es gracias a ustedes mismos, los seres humanos, que generan sufrimiento al planeta tierra y a ustedes mismos. Es fundamental que cualquier persona, de alguna manera, se ocupe de mi trabajo.

Con el paso del tiempo comprendí que era preferible enseñar lecciones a personas de corta edad, si desde pequeños logran entender lo que sienten los demás, tal vez en el futuro la sociedad esté mejor, o eso creo yo. Todos estos años he cumplido con mi propósito. Intento llegar a mi redención. Estos últimos años me he estado preparando para por fin tomar un descanso. La leyenda de la Mona ha existido desde hace mucho, mi maldición debería terminar, es por eso por lo que estoy en búsqueda de un sucesor.

Con mi experiencia empecé buscando en un colegio, ya que es la manera más fácil de encontrar a la persona indicada. Me hice pasar por estudiante del poblado donde vivo. Observé durante bastante tiempo hasta que encontré a un posible candidato. Era la misma chica a la cual había intentado aterrorizar hacía unos años. Ella siempre fue diferente, nunca le tuvo miedo a ninguna leyenda ni a las historias sobre mí. Esa puede ser una habilidad muy útil para asumir mi papel.

Sus amigos siempre contaban las historias sobre la Mona que transmitían sus abuelos. Contaban cómo daba gritos escalofriantes, que solo salía de noche, que subía en los techos y comía animales domésticos solo con el simple objetivo de aterrorizar. A pesar de que ella no creía en estas historias, también demostraba curiosidad y respeto hacia lo misterioso de las leyendas. Incluso parecía sentir cómo se habían perdido con el paso del tiempo y le encantaba compartirlas con los demás a fin de que esto no ocurriera. Creo que quería entender

la importancia de nuestras historias.

Esas características me hicieron pensar que podría ser la persona indicada, pero por el momento lo importante era probarlo. Un día entré a la escuela como estudiante nueva y empecé a ponerme en ambiente, intentando ser más cercana a la chica y aprender más y no solo con la observación. Pero mientras más pasaba el tiempo, había algo que me intrigaba bastante.

La elegida se veía siempre muy feliz, pero al mismo tiempo sus ojos reflejaban agotamiento y un pequeño semblante de tristeza. Cuando tuve oportunidad, decidí acercarme a ella. Así que me presenté con un seudónimo humano.

—Hola, mi nombre es Valeria —dije.

—¡Hola! Me llamo Susana —respondió ella.

—Soy nueva en este colegio y me gustaría hacer nuevos amigos —continué.

—Podrías sentarte conmigo y mis amigos en el almuerzo y así los conoces a todos —dijo ella amablemente.

Durante aquel primer almuerzo comimos y charlamos todos juntos, ahí fue donde tuve la oportunidad de conocerla mejor. Era una chica sobresaliente, amable y le encantaba ayudar a los demás en todo lo posible, era creativa e investigadora, le gustaba indagar sobre cualquier cosa desconocida de las leyendas y compartirlas a sus amigos y profesores. Ella conocía el origen de muchos de estos relatos, pero a veces no su verdadero propósito.

Pasaron los días y yo seguía haciendo mi papel como humana en el colegio. Tenía que cumplir con las mismas

responsabilidades escolares de los demás. Al hacer esto noté algo interesante, las tareas que se les solicitaba realizar a los adolescentes eran demasiadas, sin contar el hecho de que era agotador realizarlas. Ellos pasaban la mayor parte del día en el colegio recibiendo educación, muchos incluso tenían que cumplir con actividades después de la escuela y, después de todo eso, realizar diversos trabajos extras requeridos por sus profesores. Pero esto no era lo único...

«Hola», la saludé el martes por la mañana como usualmente lo hacía. «¿Cómo estas», me contestó Susana como siempre. Se notaba algo cansada y decaída. Le pregunté que le ocurría y ella empezó a relatarme un poco más sobre su vida: «Hice tareas hasta tarde, tuve que cumplir con obligaciones en mi hogar y, además, tengo ciertos problemas familiares. Es muy difícil siempre estar dando lo mejor de ti, además de que tienes que cumplir con el colegio, tienes que salir con amigos, ayudar a tus padres y sacar tiempo para ti. Todo esto es agotador, pero tengo que ser exitosa», dijo ella con una expresión de rendimiento en su rostro.

Al convivir con diferentes personas de este colegio solo con el propósito de verificar si Susana era la chica para continuar con mi labor, me di cuenta de que la mayoría de jóvenes eran crueles, pero que en ocasiones sus actos de bullying y falta de respeto hacia los demás eran gritos de auxilio, provocados quizá por toda la presión que recibían. Ellos estaban en una etapa de cambios y las personas viejas esperaban que lo hicieran todo excelente, cuando eso no es posible en todo momento. Son humanos al fin y al cabo.

Comprendí que mi labor ya no era la misma de antes. En el pasado solo debía aterrorizar a las personas con acciones crueles, acercarme a sus casas a medianoche provocando un gran escándalo con mis escalofriantes gritos en mi estado salvaje, subirme a los techos de sus casas, rasgar los árboles

conforme pasaba y asesinar cruelmente a sus preciadas mascotas. Ahora los tiempos han cambiado y se ve que la vida es mucho más difícil, o al menos diferente.

Al estar tan cerca de esta vida de los jóvenes, me di cuenta de que el sufrimiento podría presentarse de varias maneras y que lo importante siempre es demostrar el daño que provocan estas acciones. Los adultos y los mismos jóvenes tienen que enterarse de todo lo que provoca su búsqueda del supuesto éxito. Mi nuevo deber y esta verdad, de la que solo me pude enterar en el momento que experimenté la vida desde sus ojos, tenían que ser difundidos al igual que mi leyenda, la leyenda de la Mona, durante años y generaciones.

Susana era la persona indicada para esta labor, la de vivir, compartir y difundir esta historia que contiene verdades. Plasmé todo lo ocurrido en este papel con magia y le conté mi principal propósito a la querida Susana. Al principio, evidentemente, no lo quería creer, pero al leer este relato lo hizo —por eso era mágico, claro—. Ella sería la encargada de compartirlo durante mucho tiempo y así esta leyenda no moriría.

Es por eso por lo que hoy tú estás leyendo esto, porque mi trabajo funcionó y esto ha llegado a ti, la historia que yo, la Mona, viví y escribí y que ahora Susana te entrega a ti. Debes preguntarte cuáles son los problemas de tu tiempo y usar tu poder de leyenda y, llegado el momento, pasar el testimonio y el legado para, finalmente, descansar.

Mi nombre completo es **Sanya Mariam Zambrana Mejía** y nací un 13 de diciembre del 2007 en San José, Costa Rica, aunque tengo orígenes nicaragüenses por parte de mi madre y abuelo paterno. Siempre mantuve la excelencia académica en mi antigua escuela ubicada en Nosara, Costa Rica, donde he vivido toda mi vida. Desde temprana edad, me propuse algún día entrar a Del Mar Academy, la única escuela internacional bilingüe de mi región, que además cuenta con programa de Bachillerato Internacional.

El 2 de septiembre del 2019, con mucho esfuerzo, logré mi meta y con el tiempo, recibí una educación más acorde a mi nivel logrando aprender inglés en un año aproximadamente. Amo investigar y aprender cosas nuevas, y en Del Mar Academy, conviví con profesores increíbles y personas de varias partes del mundo que me enseñaron muchas cosas valiosas.

Tengo una vida normal de adolescente con los problemas comunes de mi generación. Me apasiona la música y mi género musical favorito es el rock punk y el rock alternativo. Tengo un gran fanatismo con Yungblud, un cantante de Inglaterra que ha dejado una huella importante en mi vida. Practico danza aérea, una de mis mayores aficiones, además de leer. Tengo una mejor amiga desde hace muchos años llamada Anlloline y un grupo increíble de amigos, como aquel que siempre quise tener.

Adoro ayudar a las personas en todo lo posible. Soy muy perfeccionista, creativa y organizada. Mi meta a largo plazo es conseguir el Bachillerato Internacional para poder estudiar Ciencias Políticas, Derecho o Biología Química en el extranjero. En mi vida quiero lograr hacer un cambio en la sociedad, con el principal objetivo de ser activista dándole voz a los menos escuchados, como jóvenes, mujeres, miembros

de la comunidad LGBTQ+ y grupos sociales minoritarios. También aspiro a ser presidenta de mi país natal, Costa Rica, y aprovechar todo su potencial para cambiarlo para bien lo máximo posible.

Anexos

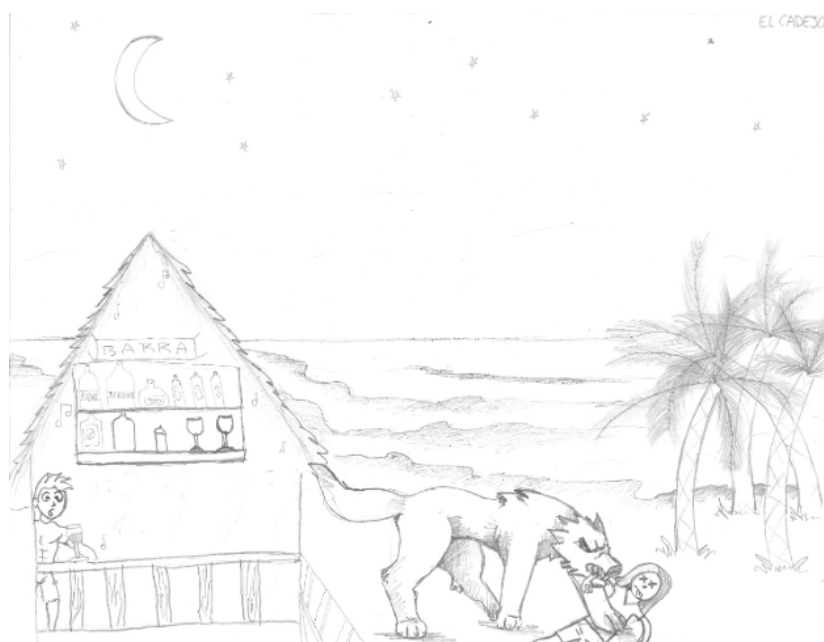


Ilustración del cuento *Cadejo*, por Fiorella Zamora



Ilustración del cuento *Carta de traspaso*, por Jorge Luis Gómez



Ilustración del cuento *El Diablo chingo al acecho*, por Elodie Cobert



Ilustración del cuento *El legado*, por Jorge Luis Gómez



Ilustración del cuento *La mamá del monstruo*, por Camila Castro

Índice

Prólogo: Cuentos y leyendas, entre la fantasía y la realidad

Félix Alejandro Cristiá..... 1

El legado

Carlos García..... 5

Tendencia

Ariel Dagan..... 16

Mantequilla quemada

Malin MacDonald..... 24

La Piedra de San Ramón de San Isidro

Yann Pieget..... 30

Cadejo

Erney Vega..... 36

La Mamá Del Monstruo

Francesca Gruodis..... 44

La monja del vaso

Maiya Maldonado..... 53

¿Efectivo o tarjeta?

Jairo Bermudez..... 63

El diablo chingo al acecho

Sebastián Hernández..... 68

Carta de traspaso

Sanya Zambrana..... 72

Anexos 80



Respetar la tradición de los espantos significa mantenerla en la memoria y entender su sentido de comunidad, pertenencia y control social, sobre los excesos. Mantenerla, en una época tan caótica y cambiante como la que vivimos, pasa porque los niños y jóvenes la asuman y actualicen. Y esto es lo que leeremos en este libro lleno de realidades, magia e imaginación. Jóvenes escritores y escritoras conservan el núcleo, el sentido primordial de personajes míticos y los transforman en el contexto. ¿A quién de ustedes no le gustaría tener duende; conocer la estrategia de “la mona” para conservarse vigente; el misterio de la monja y el vaso de agua; traer a la realidad a un recopilador de leyendas “el día de los muertos” y quedarse con la última piedra del “puente del diablo”; sentir que “el cadejo” le lame la cara, porque solo intenta ayudar o saber cómo las redes sociales actúan como tendencia en el mundo de los espantos, de las leyendas? Esta antología, para jóvenes de todas las edades, le sorprenderá.

María Pérez-Yglesias

